

DESDE BUENAVISTA

Por: **ERNST ROTH LISBERGER**

1897

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia*

Número 110, Volumen 30

1976

Cómo describir nuestro asombro y nuestra delicia al ver extendida súbitamente ante nosotros la inmensidad de los Llanos? Es difícil imaginarse la grandiosidad y magnificencia de este panorama, que queda indeleblemente grabado en el recuerdo de quien lo contempla.

Nos hallamos en las últimas estribaciones de la cordillera, solo 700 metros sobre el nivel del mar y en una región de formidable selva virgen. A la derecha ven se ríos que por abruptos barrancos irrumpen en la llanura. Y a la izquierda, la cordillera, que se va perdiendo hacia el norte y que todavía lanza algunos ramales sobre los Llanos, como bastiones avanzados por la azulada lejanía. Son las montañas de Medina, separadas de la cadena principal por un desfiladero.

Y ante nosotros, en un perfecto semicírculo cuyo radio mide treinta leguas, los Llanos! No se podría imaginar contraste más impresionante y fuerte que el que forman las macizas, inextricables cordilleras, que ascienden hasta la región de las nieves perpetuas, y esta uniforme llanura tropical.

Grande y mayestático es el océano en su soledad y en su totalidad armónica. Más grande y conmovedor este espectáculo de los Llanos. Rígidamente muertas son las olas, como una imagen del horror y de la fuerza ciega. Los Llanos tienen movimiento de color y diversidad sin fin; son una imagen de la vida, que no predica al hombre su total impotencia, sino que, al menos, despierta en él esperanzas.

A los Llanos se los considera uniformes. Vistos desde aquí, no lo son. En efecto, innumerables ríos cruzan lentamente la llanura, como cintas de plata que parecen enrollarse sobre sí mismas en la lejanía. Todos esos ríos están orlados de espesa selva, de suerte que luchan entre sí tres diferentes colores: primero el gris espejeante de los ríos; luego el jugoso verde gris de los pastos, más intenso en la fecunda época lluviosa; por último, las sombras oscuras de los bosques, manchas que rompen la continuidad del verdor.

Y por sobre todo ello está la conmovedora virginidad de la Naturaleza, que sublimemente nos pone ante la mirada algo unitario y como creado de una sola pieza, algo que en su misteriosa inmensidad e inagotabilidad parece recordarnos la propia insignificancia y simbolizar el sumo poder.

Villavicencio está a algo más de veintiuna leguas de Bogotá. La población está a 455 metros sobre el nivel del mar y tiene una temperatura media de 28 grados centígrados. Parece ser que Federmán mandó hacer en estos lugares una fragua, con objeto de herrar sus caballos para la subida de la cordillera. Los alrededores han sido antes selva virgen, que se extendía en una ancha franja a lo largo de la cordillera. Las talas han hecho más ameno el actual paisaje.

